

Tiempo y Eternidad

José Manuel Otaolaurruchi, L.C.

Testigos de esperanza

Jesús, a lo largo de su vida pública pidió muy pocas cosas a la gente que lo seguía o lo escuchaba. En una ocasión quiso que le dejaran algunos peces y unos trozos de pan para poder alimentar luego a la multitud que estaba con hambre en descampado; otro día le bastó un poco de agua para darle vino a los novios: pan, agua, unos peces... todas estas cosas muy triviales. Esto no significa que Jesús no tuvo necesidad de nosotros, por supuesto que no.

¿Qué fue lo que Jesús esperaba de la gente? A través de sus enseñanzas o de los milagros que iba obrando, lo que buscaba eran tres cosas: que tuviéramos fe en Él, que confiáramos en su Palabra y por último nos invitó a vivir la bondad de corazón. “Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso en vuestros corazones” (Mt 11,29). Estas tres cosas las proclamó en todo momento porque bien sabía que aquí está la clave de la felicidad.

¿Por qué pedía esto y no otras cosas?

Porque la esperanza es lo que da sentido a la vida, (*What do you live for?*) porque la fe en Alguien que no pasa, que es inmutable es nuestro único sostén y porque el amar y saberse amado es una necesidad vital. ¿Saben por qué ha tenido un éxito mundial la película *Crepúsculo* entre las adolescentes? Porque las niñas desean encontrar un amor auténtico que no se acabe y ese amor verdadero lo encuentran proyectado en Edward, el vampiro. (*When you can live for ever*)

Por eso Jesús nos habló tanto de la fe, de la esperanza y del amor porque era consciente de que valen más que todos los tesoros de la tierra, que toda la fama del mundo e incluso, que son más valiosos que la misma vida del cuerpo. El problema está, en que el hombre se resiste a creer en Dios y sigue apoyado sobre bastones que se rompen, como el dinero, las propias cualidades humanas o profesionales o en la opinión que las demás personas puedan tener.

Entiendo y me duele muchísimo encontrar personas que no creen en Dios, que no quieren creer en él. ¡Cuántas reacciones de ira, encono, rabia se cristalizan en el rechazo al crucifijo, hacia lo sagrado, hacia la Iglesia! Se rascan las heridas desacreditando a los sacerdotes, como si esto les provocara alivio. No se trata de juzgar, sino de abrir una nueva mirada al drama del pecado, del dolor y del mal que azota nuestro mundo que no encuentra caminos de paz. Basta ver las matanzas en el norte de África como botón de muestra. Mientras no se abran a la confianza en este ser que llamamos Dios y a su amor, no habrá nada que hacer.

twitter.com/jmotaolaurruchi